

El Restaurante

Vicente Byrd



Capítulo 1

En la restauración hay una palabra que, aunque parezca muy obvia, no siempre se tiene en cuenta al 100%, y hay que llevarla tatuada en la frente todos los días para que tu negocio siga adelante: hospitalidad. Siempre hospitalidad. El cliente es tu invitado de honor, y no importa si es blanco, si es negro, si es violeta, si es de derechas o de izquierdas, si es maleducado, si te deja el plato hecho un asco... Esa persona que viene a comer es la persona que te da el pan de cada día, y tu familia no puede permitirte perder el pan de cada día.

Sobretudo cuando necesitas las energías para recagarte a tiros con mafiosos día sí día no.

—¡Hola, buenas noches! ¿Cómo estáis? Os quiero dar la bienvenida a nuestro restaurante: "¡Andate de Aquí!" Os juro que aquí se come tan bien que os vamos a tener que al final de la noche vamos a tener que echaros a patadas para poder cerrar. Hoy inauguramos, el plato del día a mitad de precio. ¿Mesa para dos?

En la entrada había dos hombres uniformados, muy serios.

—No—dijo el que parecía ser líder— Somos de la policía. ¿Dónde están tus padres?

—Quedáis todos detenidos. Me temo que vamos a tener que devolveros a vuestro país.

Dije que la hospitalidad es lo más importante a la hora de llevar un restaurante, pero tan importante como la hospitalidad es tener tus papeles en regla. Para nosotros, eso estaba un poco difícil, porque nuestros pasaportes españoles eran más falsos que el cutis de Susana. Fueron un regalito de despedida de la A.S.H.A.P., la agencia para la que trabajábamos antes de venir aquí.

Os podéis imaginar mi tristeza al oír que nuestros pasaportes falsos ya no servían. Aquellos documentos nos habían dado el primer año de nuestras vidas sin incidentes fatales y muy pocos incidentes menores.

Tipo como cuando nos quedamos sin balas y Juan Carlos me dice:

—¡Pasame otro cartucho, negri!

He de decir que estar acorralada y sin munición al final de un callejón sin salida me ayuda a despejar bastante la cabeza. Y me entrena para lidiar con los clientes.

Le hice un gesto a mi marido para que supiera que no quedaban más cartuchos. Nos miramos y, por medio de la telepatía, tomamos una decisión. Ambos sacamos nuestra colección de cuchillos arrojadizos.

Diez minutos después estábamos limpiando la sangre y las vísceras del callejón con una mopa.

—¿Nos queda algo que hacer hoy?—dijo Juan Carlos echando una mirada al negro cielo.

—Solo inaugurar un restaurante—dije yo.

—Ah, cierto.

—Suerte que tenemos a nuestros hijos que nos ayudan.

—Sí...

La cocina estaba patas arriba. Las sartenes y las ollas sin lavar. Las prepizzas y las carnes aún dentro del congelador, la compra encima de la mesa, sin guardar. Un caos. De los chicos no había ni rastro. Habían usado sus dotes de espías para esconderse y no tener que ayudar.

—El problema acá es que tres hijos es demasiado, Silvi—me decía Juan Carlos mientras picaba cebolla lo más rápido que podía—yo ya te lo dije, tenemos que dar a uno en adopción.

—¿Por qué no dejás de hablar pavadas, Juan?

—¿Y qué pretendés hacer? Si no quieren colaborar en nada. No podemos seguir así. No podemos. Y menos ahora con el restaurante.

—Ya lo sé, Juan, no sos el único que no puede más. Pero ¿Cómo decidimos una cosa así? Ponele que lo hacemos. ¿De cuál de los tres nos deshacemos?

—No es fácil.

—Feli no puede ser—dije yo, tajante—Es la más chica. Y la más buena. No

podemos dejarla sola.

—Valentina tampoco, es la más inteligente. Y además es mi favorita.

—Entonces solo nos queda Nahuel—observé yo.

—Sí, Nahuel es el más prescindible.

—Ay, tenés razón, Juan. Aunque nos vaya a dar un poco de pena, no hay otra que deshacerse de Nahuel.

—¿Hago el llamado, entonces?

—¡EHHH!—bramó una voz que venía de arriba. Levantamos la vista mecánicamente. Colgado de la araña se encontraba un muchacho de pelo oscuro—¡¡¡Paren!!! ¡¡¡Paren la moto, ché!!! ¡Lo escuché todo! Estaba acá arriba

—No lo puedo creer—dije yo.

—¡¡Desde que entramos a la cocina que te vimos, pendejo!!—rugió Juan—¡¿No ves que te estamos bardeando a propósito?! Bajá de ahí, dale.

Nahuel hizo caso por primera vez en el día. Dio un salto mortal y aterrizó frente a nosotros.

—Qué bien, ¿eh? ¡¿Pero qué clase de pedagogía tienen ustedes?!

—La pedagogía se nos terminó cuando decidiste comportarte como un parásito—dije fríamente.

—¡¡¡Es terrible esta familia!!!!—siguió gritando Nahuel—¿Y Valentina qué? ¿De Valentina no vas a decir nada?

—Ocupate de lo tuyo—dijo su padre— Andá a poner las mesas. Cuando aparezca tu hermana ya...

Como en respuesta, oímos el ruido de un móvil al recibir un mensaje. Una chica de dieciséis años había estado parada en un rincón de la cocina todo el rato, sin que la viéramos.

—La concha pu...Perdón—dijo tranquilamente sin mirarnos, aún escribiendo con su móvil—ya voy, papi, era urgente.

—¡¡¡Urgente las pelotas!!!—explotó Juan. Esto provocó una larga

carcajada por parte de Nahuel.

—¿Y vos de qué te reís, enano?—saltó Valentina—¿te causa gracia? Ni para esconderte servís. Mirá cómo te encontraron a la primera.

—Valentina...

—Vieron como me trata, ¿no? Yo de ustedes contrato a alguien que tenga más empatía para tratar con clientes.

—Listo, entonces—respondió Valentina—no tengo ningún interés de estar acá.

—Escúchenme bien los dos—interrumpí mirándolos uno por uno—Estamos al borde de que nos descubran. La A.S.H.A.P. lleva un mes sin enviarnos dinero. Este restaurante es nuestra única oportunidad de salir adelante. Estamos viviendo en un país que no es nuestro con pasaportes truchos...

—¡Somos una familia trucha!—rió Nahuel, a quien la situación le parecía bastante cómica.

—Si cometemos un solo error esta noche, podemos acabar en la calle—terminé yo—podemos hasta terminar presos. Así que ahora vayan a buscar a Feli y pónganse a...

—No va a hacer falta ir a buscar a Feli, mi amor—dijo Juan Carlos, a quien se le caía un hilo de baba mirando por la ventana que acababa de abrir y que conectaba con el restaurante.

En el centro de la enorme estancia se encontraba la pequeña Feli, agitando un mantel a cuadros para depositarlo sobre una mesa de madera.

—¡Ah! ¡Hola!—dijo Feli con una sonrisa—Los vi ocupados y pensé que mejor me encargo de ir poniendo las mesas. No quería interrumpir.

—Es divina...—dijo Juan Carlos

—Es la mejor—susurré yo.

—Rajá de acá, enana—malhumorado, Nahuel apartó a su hermana pequeña de un codazo para limpiar la mesa donde ella depositaba a la velocidad del rayo vasos, platos, cubiertos y servilletas.

—¡Pero estoy poniendo la mesa! ¿Por qué sos tan violento conmigo?

—Mirá, pendeja...—dijo Valentina, que llegaba con los menús, el salero y el vinagre—No te hagás la superada acá porque el cuentito de que querías ayudar no te lo cree nadie. Fuiste a esconderte en el único lugar donde nadie te iba a buscar: el restaurante.

Feli no dijo nada y siguió con lo suyo. Ahora estaban los tres irónicamente trabajando juntos para adecentar aquella mesa. Se habían cambiado de ropa. Ahora iban los tres con el delantal reglamentario. Feli y Valentina se habían recogido el cabello. A Nahuel lo habían obligado a peinarse.

Reinaba una extraña paz, a pesar del caos. Tal vez eran las luces tenues del restaurante, tal vez eran los cuadros de las paredes, llenos de escenas campestres, casitas, caballos, guitarras y mucha gente sonriendo. O tal vez era *20 Years Ago*, de Astor Piazzola, que se oía débilmente de fondo.

Y en medio de aquella paz, tocaron suavemente a la puerta.

Dos alegres y elegantes hombres los recibieron en el umbral con una ancha sonrisa.

—¡¡¡Valentina!!!—dijo el más rubio de los dos—¡¡¡Qué grande que estás, mi amor!

—¿Quién sos...?—dijo Valentina tímidamente.

—¿Están tus papis en casa?—dijo el hombre más moreno.

Como respuesta, la chica les cerró la puerta en la cara.

—¡¿Pero qué haces?!—dijo Nahuel

—¿Qué te parece que hago? Salvarnos la vida.

Pero quizás era demasiado tarde, porque de una patada volvieron a abrir la puerta los dos hombres, y se introdujeron sin pedir permiso, disparando bala tras bala tras bala como si no quisieran dejar vivas ni a las hormigas del local.

Por suerte o por desgracia, la calle no estaba del todo vacía. Dos policías de patrulla se paseaban justo en aquel momento y oyeron unos disparos que parecían venir del Restaurante: "¡Andate de acá!"

—¿Qué te decía yo, eh Javier? ¿No te dije yo que esos argentinos estaban metidos en algo turbio?—dijo el policía más veterano

—Igual no tienen ni papeles—aventuró Javier.

—Enseguida lo vamos a saber—dijo el veterano—llama a central. Que investiguen.